

Antonio Gramsci: Escritos (Antología).

César Rendueles (ed.)
(2017) Alianza Editorial
Madrid, 424 pp.

Ricardo Cueva Fernández
Universidad Autónoma de Madrid
ricardo.cueva@uam.es

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2018.4181>

Siempre produce ciertos reparos hacer reseñas sobre la obra, aunque sea bajo la forma de compilación, de autores cuya talla indiscutible nos hace diminutos y con escasos elementos que oponerles. Uno de esos grandes fue sin duda Antonio Gramsci, creador de numerosas páginas que nos siguen sorprendiendo y hombre “total”, en el sentido de persona en posesión de numerosos saberes, interesado por la filosofía y por la práctica política, pero también por el arte y la literatura, el lenguaje y la educación. Su obra abarca, en realidad, una serie de escritos incluidos en periódicos y cartas, y por tanto aparece en gran parte como fragmentaria, difícil de abarcar y, dicho sea de paso, impublicable hasta ahora por editor de lengua castellana alguno, puesto que no existe una recopilación completa de sus textos.

Es verdad que los esfuerzos por verterlos a nuestra lengua datan de muy atrás. Diversos divulgadores latinoamericanos, por ejemplo, contribuyeron a través de las editoriales Latauro, Nueva Visión, Era o Pasado y Presente, y también es cierto que en España el profesor Manuel Sacristán fue el primero que se inclinó decididamente por difundir la obra del sardo, habiendo publicado en 1970 su famosa Antología, reeditada hasta día de hoy, y que ha sido referencia constante en los comentarios sobre Gramsci. A su vez, Francisco Fernández Buey, en buena parte discípulo suyo (y que formaría y animaría un amplio grupo de investigadores con parecidos intereses e inquietudes), también serviría de introductor en España de Gramsci, merced a trabajos tan estupendos como *Ensayos sobre Gramsci* (Materiales, 1978) o *Leyendo a Gramsci* (El Viejo Topo, 2001).

A día de hoy, pues, se puede hablar de un número bastante elevado de estudiosos del pensador italiano, tanto en España como en otros países, pero faltaba algún volumen que le fuera útil a quien deseara iniciarse en Gramsci, que recogiera algunos de sus trabajos más significativos y que añadiera aclaraciones, notas y un glosario pertinentes: en suma, un libro que pudiera conectar con las nuevas generaciones sin que fuera en detrimento de la adquisición de un panorámica acertada sobre la obra de aquél. Tal cosa ha ocurrido, afortunadamente, con la recopilación de César Rendueles editada por Alianza. Siguiendo así a otras que han abordado el marxismo (por ejemplo, la que versa sobre *El Capital*, también reciente y

del mismo compilador), la editorial ha apostado por añadir otro apuntalamiento al creciente interés de los últimos años por Antonio Gramsci, su figura y su obra, y Rendueles ha realizado un esfuerzo relevante y digno de encomio al ofrecernos las páginas que aquí quiero reseñar. Teniendo en su haber otros destacables libros de autoría propia, como fueron los de *Capitalismo canalla*, *Sociofobia* o *En bruto*, amén de bastantes en colaboración, no resulta nada sorprendente que los resultados de su tarea se encuentren a la altura de sus insignes predecesores ya citados.

La Introducción, al respecto, no puede comenzar con mejor pie. Rendueles deja muy claro que Gramsci nunca se abandonó a estética alguna de la derrota, que mantuvo propósitos científicos y políticos diáfanos y que, sobre todo en el campo de la Historia, creó un campo de referencias ineludibles. Los apuntes biográficos que siguen resultan muy clarificadores para quien desee sumergirse en su obra: la familia de Gramsci se vio arrojada a la pobreza de forma intempestiva tras el encarcelamiento del progenitor por causa de una presunta irregularidad administrativa y el hermano mayor, Gennaro, introduciría a Antonio en el ámbito ideológico del Partido Socialista Italiano. Después, nuestro autor trató de compaginar trabajo y estudios con mucho tesón, alcanzando la universidad al tiempo que coqueteaba con la militancia política. Sin embargo, nunca culminaría sus estudios superiores, que completaría sobradamente como autodidacta pero que nunca desembocarían por tanto en la obtención de un título superior, dando por cesada su carrera en 1915. No ocurriría lo mismo, de todas formas, con su vocación política. Muy influido por el hegelianismo de Benedetto Croce inicialmente, y comprometido como estaba con lo que entendía como labor de secularización, en 1914 se afiliaría al Partido Socialista tras un breve período cercano al liberalismo.

Su abandono de la universidad, asimismo, redundó en una época muy fructífera y repleta de colaboraciones con publicaciones de izquierdas de la época, fundando en 1919 y con otros compañeros el periódico *L'Ordine Nuovo*. En ese año y el siguiente se produjo en Turín el denominado “bienio rojo” (*bienio rosso*), durante el cual hubo huelgas, ocupaciones de centros fabriles e incluso movilizaciones del campesinado. Los consejos de fábrica emergidos con estos acontecimientos fueron percibidos por Gramsci y los suyos como la oportunidad de iniciar una experiencia similar a la soviética, una forma de “autogobierno proletario” (p. 17: Rendueles), pese a no contar siquiera con el beneplácito de la plana mayor del Partido Socialista. Esta postura provocaría precisamente, así, que el sardo y sus compañeros formasen en 1921 el Partido Comunista de Italia, escindiéndose del PSI.

Lo que vino después, sin embargo, resultaría sumamente destructivo para los propósitos gramscianos: el ascenso del fascismo recalaría en la célebre marcha de Roma de Mussolini y sus acólitos en octubre de 1922. Gramsci se encontraba de estancia en Moscú entonces, enviado por el Partido Comunista Italiano, que aparecía entonces como una fuerza escasamente poderosa como para enfrentarse a la nueva amenaza; pero el sardo presentó batalla. Así, y habiendo regresado a su país, se instalaría en Roma tras haber conseguido ser elegido diputado y se pondría manos a la obra para oponerse a la escalada fascista (pp. 18 y 19: Rendueles). La inmunidad parlamentaria, sin embargo, no impidió su encarcelamiento y posterior destierro a la isla siciliana de Ustica (p. 19: Rendueles), para ser juzgado y finalmente condenado en 1927 por veinte años, y falleciendo posteriormente en 1937 (p. 20: Rendueles).

Lo llamativo, sin embargo, es que pese a sufrir ese largo período de prisión, salvaje, atroz e injusto, no dejaría de escribir durante su estancia carcelaria. Gramsci fue organizando, de hecho, un auténtico plan de trabajo que tomaba progresivamente consistencia (p. 20: Rendueles) aunque fuera truncado por su fallecimiento prematuro, muerte precipitada sin duda por las penosas condiciones carcelarias que

debieron de agravar su quebradiza salud. Sus “Cuadernos de la cárcel”, recopilados parcialmente en el volumen, han sido así siempre referencia para los estudiosos de su obra y contendrían varias de sus mejores intuiciones y pensamientos, pese a la vigilancia censora de sus carceleros (p. 21: Rendueles).

Al respecto, la selección de la esforzada obra de Gramsci por Rendueles resulta excelente a todas luces. Sus artículos periodísticos (aunque tal denominación no haga justicia en absoluto a su precisión e inteligencia) abarcan unas 160 páginas del libro, y los cuadernos casi otras 200, consiguiendo un cierto equilibrio entre los dos principales períodos abordados.

El primero de ellos parte de la crítica modernizadora de Gramsci, que como bien indica Rendueles de nuevo en la Introducción, se oponía a las corrientes del catolicismo reaccionario y entendía que el marxismo y el comunismo eran una prolongación de los ideales ilustrados (p. 16: Rendueles), pero que tal extremo no suponía una mera transmisión de saberes enciclopédicos, sino que incluía un proceso de autoconsciencia crítica que empoderaba al individuo intelectualmente y le hacía superar una posible indiferencia ante el momento histórico que pudiera vivir (pp. 34 y 35: Rendueles). Se trata, como bien señala el compilador en la cabecera de este apartado, del “socialismo como proyecto ilustrado” (p. 33: Rendueles), y en él se introducen escritos capitales al respecto, iniciando la sucesión de selecciones de la obra, cada una de ellas encabezada por un breve estudio introductorio del autor y un título que circunscribe su contenido.

La siguiente se denomina “La revolución y la reformulación del materialismo histórico”, y en ella ya aparece Marx como objeto de estudio esencial: Gramsci pone de manifiesto desde fecha muy temprana que la interpretación mecanicista del marxismo resulta rechazable, pues la espera del estadio correspondiente para la revolución (el momento en que el desarrollo de las fuerzas productivas entraría en contradicción con el modo de producción capitalista) no podía observarse de manera determinista, como bien había demostrado la emergencia bolchevique en Rusia. De este modo, tampoco Italia “o cualquier otro país “atrasado” (por escasamente industrializado) debían de pasar obligatoriamente por un proceso de modernización burgués (p. 59: Rendueles).

La tercera parte del volumen, sobre el “bienio rojo”, aborda uno de los aspectos más atrayentes de la indagación gramsciana, a saber, la inserción de la democracia en el corazón del sistema capitalista, el centro de trabajo, y que se hallaba en contraposición con la libertad política que podía reinar en otras esferas más o menos públicas frente a esta de carácter netamente “privado”.

La cuarta aborda el ascenso del fascismo y va precedida por una detallada narración sobre los acontecimientos que impidieron la actividad de la oposición a Mussolini, y más en concreto la desarrollada por el Partido Comunista de Italia. Pese a todo su talento y capacidad de observación, Gramsci creyó que el fenómeno fascista iba a ser efímero y a extinguirse de manera más rápida y menos traumática a como finalmente lo hizo: y sin embargo, el que fijara su atención en las clases medias (urbanas y rurales, p. 151) suministra interesantes elementos de reflexión incluso para nuestros días. Gramsci ya está viendo en esta fase de su escritura la posibilidad de acoger de manera firme en las filas del partido y de la movilización a sujetos procedentes no estrictamente del proletariado, lo que él denominaba “masa trabajadora” (p. 166). Las “tesis de Lyon” (pues así se llamaba este documento recogido en la compilación y presentado por su autor al PCI en 1926: 142, nota del comp.) conducían a la táctica del “frente único” antifascista (p. 170: Gramsci), que intentaba conjugar todas las fuerzas de izquierdas (reformistas o revolucionarias, y

de acuerdo con lo establecido en la III Internacional en 1921) contra la amenaza que se cernía en Europa, y más en particular en el caso, en Italia.

La segunda parte del libro es la que contiene algunos de los citados “Cuadernos de la Cárcel”, finalmente, y se divide en cinco segmentos de estudio que dan buena cuenta del esfuerzo gramsciano bajo penosas condiciones. De hecho, reúnen varios de los mejores hallazgos del autor y que todavía resuenan hoy en los debates y discusiones políticos, a saber, “hegemonía”, crisis orgánica, “transformismo”, “revolución pasiva”... Su punto de partida era una disección más aguda de la que había mantenido el marxismo al uso acerca de la noción de ideología. Para Gramsci, como bien subraya Rendueles, las luchas ideológicas no estaban determinadas “en ningún sentido evidente o inmediato por los procesos económicos generales”(p. 197), así que la denominación de “bloque histórico” le servía para designar ese modo específico de entremezclarse que en un momento dado mantenían las fuerzas productivas y el conglomerado cultural e intelectual de la sociedad (pp. 202 y 203: Gramsci), y la hegemonía era “la base social de un régimen político”, que establecía los límites de su legitimidad, “las reglas del juego social de un modo ampliamente aceptado”. De esta última manera, además, “las élites crean y ejercen la hegemonía explorando las posibilidades de gestión de las relaciones de producción (...) y de las instituciones que articulan los vínculos sociales: la familia, la Iglesia, la escuelas...” (p. 197: Rendueles). La conclusión que resulta de todo esto es la de que superestructura y estructura se mueven a distinta velocidad, “las relaciones de producción cambian lentamente mientras que las leyes, los gobiernos, las ideologías o la cultura tienen un *tiempo* mucho más vivo” (p. 198: ídem).

La acuñación de las “crisis orgánicas” es otro asunto que surge en las siguientes páginas. Para Gramsci “los fenómenos orgánicos producen una crítica sociohistórica que afecta a grandes agrupaciones, más allá de las personas inmediatamente responsables y más allá del personal dirigente”, frente a los movimientos “de coyuntura” (que no poseen gran alcance histórico y que producen solo una crítica menor, y que afectan únicamente a pequeños grupos de dirigentes, p. 204: Gramsci).

En este sentido, la “sociedad civil” cobra especial importancia en el pensamiento gramsciano, puesto que es un terreno en que se puede disputar la hegemonía y donde se debe construir legitimidad a través de un movimiento democrático de masas (pp. 237 y 238: Rendueles). Tal es el sentido de la (malinterpretada a menudo) “guerra de posición”, con la cual puede agruparse a los “grupos subalternos” (subordinados a la hegemonía previa, véase también 265 Gramsci), sumando enclaves de conquista (pp. 238: Rendueles, 246 y 247: Gramsci).

El siguiente grupo de cartas (“Sentido común, intelectuales y cultura democrática”), apunta a la raíz de la conciencia democrática de Gramsci. “Una vez demostrado que todos los hombres son filósofos”, toca observar cómo puede llegarse hasta el segundo momento, el de la crítica y la conciencia, preocupación ya entrevista líneas atrás en esta reseña, y que implica que “criticar la concepción propia del mundo significa, pues, hacerla unitaria y coherente y elevarla hasta el punto al cual ha llegado el pensamiento mundial más adelantado”, pues “no se puede ser filósofo en el sentido más inmediato y literal, o sea, tener una concepción del mundo críticamente coherente, sin la conciencia de la historicidad de la fase de desarrollo que representa” (p. 274: Gramsci). “El que una masa de hombres sea llevada a pensar coherentemente y de un modo unitario el presente real es un hecho ‘filosófico’ mucho más importante y ‘original’ que el redescubrimiento, por parte de algún ‘genio’ filosófico, de una nueva verdad que se mantenga dentro del patrimonio de pequeños

grupos intelectuales” (p. 276: Gramsci). Tal era el objeto de la “filosofía de la práctica” (p. 283. Gramsci).

Otro concepto que utiliza Gramsci en sus escritos de la prisión es el de la “revolución pasiva”, que ocupa buena parte del penúltimo apartado del volumen. Se trata de la denominación que otorga a fenómenos en los cuales la burguesía pasa a ser retaguardia en la Historia. Así, y en un primer instante (pensemos en la revolución francesa), esta clase social intenta presentar su proyecto como universalizable y consigue apoyo suficiente entre diversos sectores con el fin de obtener la hegemonía correspondiente (p. 335: Rendueles). Pero puede ocurrir también otro fenómeno, y es el de que conquiste el poder preservando estructuras del régimen anterior, al haber forjado alianza con sus principales privilegiados: por ejemplo, en el *Risorgimento*, con los terratenientes y la monarquía (p. 335: ídem), produciéndose así lo que sería una “revolución pasiva” (p. 348. Gramsci, término que reconoce tomar del historiador Vincenzo Cuoco).

Por último, la compilación termina con una serie de cartas de Gramsci acerca de América y los nuevos sistemas de dirección empresarial que percibe se instalan con éxito en el país. El fordismo, así, ha introducido un sistema de disciplina en la mano de obra industrial sumamente novedoso y que hace que los detentadores del poder político queden invisibilizados hasta cierto punto, por ser innecesarios para la gestión directa del capitalismo. Con respecto a este fenómeno, asimismo, el pensador sardo se muestra cauto: por un lado atisba el alto grado de coacción que suponen estos mecanismos (p. 379: Gramsci), pero por otro también la posibilidad de una nueva forma de autodisciplina que podría ser prometedora para la construcción del socialismo (p. 386: ídem).

El recorrido del libro, pues, nos permite sumergirnos en profundidad pero sin pretensiones exhaustivas en el pensamiento del irreplicable sardo. Por supuesto, de sus líneas se desprenden numerosos interrogantes que pienso aún nos rodean, y a veces de manera apremiante. Gramsci deja muchos sin respuesta, debido probablemente a la propia naturaleza de su discursar, que acapara tensiones de manera valerosa y aunque sepa que resolverlas no es tarea fácil. Así, las existentes entre el partido y las masas, entre revolución y acción inmediata, entre educación y sujeto emancipatorio, determinación económica y voluntad política, estructura y superestructura, Historia y coyuntura, todas ocupan líneas y líneas de una conversación que se mantiene viva y de rabiosa actualidad, hasta el punto de que explicarían el porqué de la resurrección editorial de un legado tan valioso en los tiempos que corren, aunque no puedan dar cuenta del todo del rigor y la probidad que en este caso añade el propio compilador.